



Roberto Blancarte

Locura o revelación

La mayoría de la gente seguramente decretó: ese pastor evangélico está loco. Después de todo, se necesita estar desequilibrado mentalmente para secuestrar un avión con el único objetivo de enviar un mensaje al Presidente de la República acerca de varios cataclismos que tendrán lugar en México. ¿O no? Para las personas que no son religiosas, la contestación es más fácil: cualquier persona que dice hablar con Dios, o serlo, tiene que estar mal de la cabeza. Para los creyentes, la respuesta es más complicada, porque en la medida que creen en Dios o en alguna fuerza suprema, no pueden desechar de manera automática la posibilidad de que cualquiera, incluso ese evangélico boliviano, reciba mensajes divinos. No todos los líderes religiosos reivindican tener línea directa con Dios, pero es bastante común; de hecho, cualquier creyente puede hacerlo e históricamente, son los laicos o seculares comunes los que cuestionan al *establishment* sacerdotal o poder religioso imperante, en la disputa por los bienes de salvación. Lo hicieron, cada quien a su manera, Isaías, Zacarías, San Juan el Bautista, Jesús de Nazaret, Mahoma, el Gurú Nanak, Joseph Smith y antes y después de ellos muchos otros profetas de diversas religiones. Cada uno pretendió en su momento haber tenido una relación privilegiada con Dios; todos en su momento fueron tratados como locos y muchos de ellos fueron perseguidos. Luego resultó que algunos o muchos les creyeron y de allí se construyeron religiones establecidas. ¿Cuál es entonces la diferencia entre ellos y todos los otros profetas o iluminados que nos encontramos todos los días en las plazas, las calles o los templos? En todo caso, los creyentes tienen ante sí un

verdadero problema: ¿cómo hacer para distinguir entre el verdadero profeta y el loco que alucina?

La psicología religiosa ha intentado dar una respuesta a los comportamientos religio-

sos en general y a los relacionados con el profetismo, el mesianismo, el milenarismo y otros fenómenos parecidos. De hecho, la psicología y el psicoanálisis encontraron tempranamente similitudes incuestionables entre algunas prácticas religiosas y comportamientos psicopatológicos. Como señala Jean-Pierre Deconchy, algunos fenómenos religiosos extraordinarios, como por ejemplo las visiones proféticas, los éxtasis, el escuchar voces, se equipararon a las alucinaciones. El comportamiento de la mayor parte de los místicos encaja de hecho en un cuadro neurótico. Fue Pierre Janet, en su obra *De la angustia al éxtasis. Estudio sobre las creencias y los sentimientos*, quien en 1926 equiparó con mayor fuerza la actitud religiosa a la perturbación psicológica. A partir de su experiencia en el hospital de La Salpêtrière y en particular en el caso de una mujer que tenía propensión a los éxtasis y las visiones religiosas, Janet inter-

pretó dicho comportamiento "como una actividad disociada de tipo histérico y a sus éxtasis como un paliativo de la dilución de las disfunciones de lo real".

De hecho, quien había notado el parecido entre las actividades de la gente muy religiosa y el comportamiento de sus pacientes neuróticos, fue Sigmund Freud, quien en un artículo en 1907 titulado "Acciones obsesivas y prácticas religiosas", sostuvo que la práctica religiosa individual no era más que el resultado de una represión sexual. De esa manera, la religión practicada por la humanidad, parecería ser "una neurosis obsesiva universal". Las sin duda audaces y radicales teorías de Freud, y en particular ésta de que la religión no es más que una neurosis colectiva, pueden ser hoy compartidas o no, pero es imposible negar que abrieron un camino de interpretación psicológica de por lo menos ciertas exaltadas prácticas religiosas. Los propios creyentes tienen que tomarlas en cuenta, en la medida en que necesitan elementos para distinguir los profetas reales de los locos de atar.

¿Cómo lidiar, por ejemplo, con este pastor evangélico boliviano, quien parece estar loco, pero que igual no lo está? De hecho, él mismo lo niega. ¿Cómo pretender que él no puede hablar a nombre de Dios y que otros líderes religiosos sí pueden hacerlo? ¿Cuál es el método científico (o si se encuentra otro mejor) para dictaminar si este pastor es un desequilibrado mental o simplemente un fanático religioso? Quizás eso sea simple y sencillamente imposible. Así que probablemente lo mejor que podemos hacer es ignorar completamente

Continúa en siguiente hoja

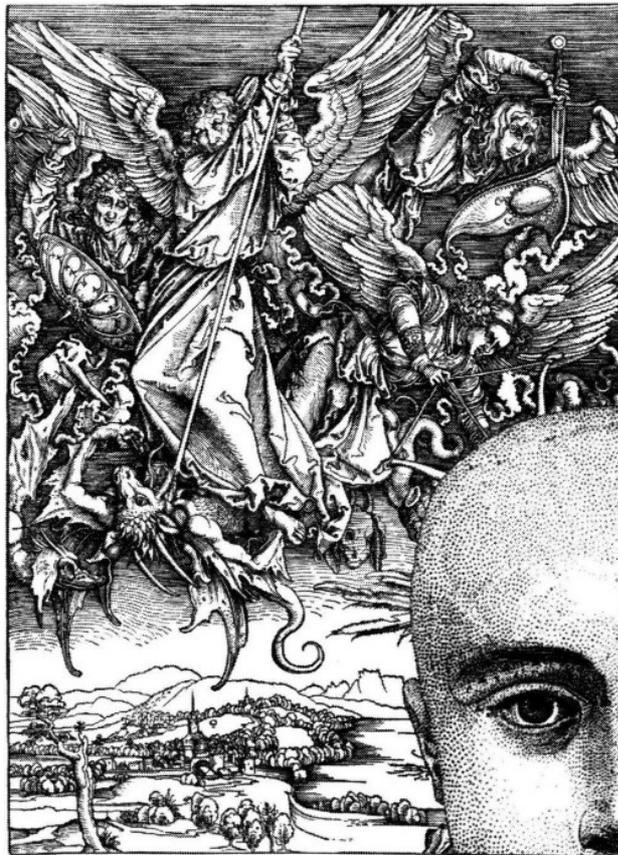


el asunto y desinteresarnos del elemento religioso. En otras palabras, quizás lo importante es juzgar a la persona por lo que hizo, independientemente de sus motivaciones o inspiración. Eso significa que, para todos efectos prácticos, no importa si al tipo le habla Dios o está desequilibrado. Y la única manera de decidir sobre la cuestión será a través de un examen científico que dicte sobre ello. La teología o la religión no tienen nada que ver con esto. Estamos en un país con un Estado laico. Aunque el tipo crea que no hizo nada malo, la verdad es que puso en peligro a muchas personas (imagine que usted o sus hijos estaban en ese avión) por lo que justificadamente está acusado de terrorismo, privación ilegal de la libertad y ataques a las vías de comunicación. Y si Dios le habla, pues que le haga compañía en la cárcel. ■ M

blancart@colmex.mx

**Cualquier
persona que
dice hablar**

**con Dios, o
serlo, tiene
que estar mal
de la cabeza.
Los creyentes,
en la medida
que creen
en Dios o en
alguna fuerza
suprema,
no pueden
desechar
de manera
automática
la posibilidad
de que
cualquiera
reciba
mensajes
divinos**



JORGE MOCH